

CAPITULO VIGECIMOSEGUNDO.

LA CIUDAD DE LOS MARTIRES.

I.

El sitio de México se estrechaba más y más cada día.

El general Riva Palacio, á quien Escobedo confió la guardia del ilustre prisionero de Querétaro, luego que lo dejó asegurado en la celda del convento de la Cruz, emprendió su marcha para reforzar con su orgullosa división el ejército de Porfirio Díaz que seguía avanzando sus paralelas por el rumbo del Norte.

El pueblo de la capital salía en masa por las garitas buscando como centro de recursos la ciudad de los Mártires.

El cuartel general nombró á Miguel Veraza Prefecto Político y Comandante Militar de la Plaza.

Ya el lector conoce á este individuo y más aún la tenacidad de su carácter.

Veraza tiene un corazón envidiable por su generosidad, tan destituido de malos sentimientos como de cabellos, su infeliz mollera.

Veraza alojó á cuantas familias solicitaron su auxilio.

Los palacios de Barron y Escandón los convirtió en hoteles gratis.

Aquellos suntuosos edificios fueron "profanados," como decían los conservadores, por el pueblo emigrante.

No quedó una sola casa en Tacubaya que no estuviese literalmente llena de huéspedes, hasta en los patios y caballerizas.

Cuando todo estaba ocupado, Veraza alojó al pueblo en la alameda.

Las familias acudían á tomar posesión de un árbol y se agrupaban en derredor, teniendo por toldo las frondosas ramas de los fresnos.

Las calles formadas por la arboleda estaban ocupadas con vendimias á un precio baratísimo.

La inmigración continuaba.

Entonces aquel infatigable Prefecto llevó á la multitud trashumante á las plazas y calles principales.

No había zaguán, ni recodo, ni banquetas, ni escondrijo, ni pared que no tuviera su ración de huéspedes.

Aquella gente formaba una masa compacta estrecha, que

se rebullía, se agrupaba, se amontonaba, se confundía y levantaba como un solo pulmón, un rumor vago como el del océano al comenzar de la tormenta.

El campamento estaba fuera de la ciudad, bajo sus tiendas de campaña, semejantes á esas bandadas de aves peregrinas que se tienden en pos de frescura sobre las praderas.

Los truenos lejanos de la artillería hacían recordar que aquello no era una fiesta.

No obstante, reinaba la alegría y la cordialidad en todo aquel pueblo que estaba de temporada en la ciudad de los Mártires.

El numerario y el trabajo escaseaban en la plaza y los pobres no podían proporcionarse la subsistencia.

Veraza, con los humildes recursos del patriota Ayuntamiento de Tacubaya, proporcionó semillas.

Entonces, como una avalancha, se precipitaron por su ración de maíz.

Veraza repartió primero palabras de dulzura, después frases que no podemos trasladar al papel, después acudió á la "última razón" de los reyes, sacó la espada y dió sobre los asaltantes.

Apaciguado el motín distribuyeron las semillas.

El cuartel general pedía ramazón para los cestones.

Veraza envió al Monte de las Cruces una pléyade de trabajadores que hacían el corte y trasladaban las ramas al campo con una celeridad maravillosa.

Veraza era infatigable, no tenía horas de descanso, noche y día visitaba á sus huéspedes, y traía y llevaba una de comunicaciones con el cuartel general, que ya los tenía sitiados.

—¿No sabe usted qué tenemos alojado? decía su ayudante á Veraza.

—¿Quién es?

—Es el actor Morales.

—Bien alojado.

—¿Conoce usted á Morales?

—Lo he visto trabajar y me parece bien.

—Morales es el actor mexicano de más capacidad y más humilde que ha pisado las tablas.

—Lástima que sea tan gordo, me parece un alcabalero.

—Eso nada significa, cuando trabaja es buen mozo, arrogante.

—Tiene genio nuestro compatriota: ¿y no querrá ahora mismo decirnos un trozo del Sulivan, por ejemplo?

—Hombre, está durmiendo

—Lo despertaremos.

—No, déjele usted en paz.

—¿Y por qué no duerme en esta pieza?

—No ha querido molestarnos, tiene el defecto de *roncar* estrepitosamente.

—Eso es otra cosa, ya tendrán que habérselas con él, los cuatro oficiales que están en su compañía.

Como si á estas palabras de Veraza se hubiera evocado las sombras de Don Juan Tenorio, aparecieron los cuatro oficiales envueltos en sus sábanas.

—¿Qué pasa? preguntó el prefecto.

—Nada, dijo uno de los fantasmas, es una friolera, el señor nos ha encajado en el aposento á un mónstruo que *ronca* de una manera horripilante.

—Oíganle ustedes, dijo otro, nos hemos despertado creyendo que teníamos á un toro por alojado.

En efecto, el actor Morales *berreaba* espantosamente, los pulmones soplaban con la fuerza del órgano de Catedral produciendo una música del infierno.

—Ese hombre es un serpentón de la caballería austriaca.

—Noche toledana, dijo el prefecto, si el genio de ese hombre está á la altura de sus *ronquidos*, ni Talma lo aventaja.

Manuel Travesí dió alojamiento á Morales en la Villa de Guadalupe, y el infeliz tuvo que abandonar su lecho á media noche, porque los ronquidos prolongados del actor son capaces de ahuyentar á un regimiento de lirones.

Travesí maldecía con toda la fuerza de su catolicismo á su huésped, y más á la persona que se lo había recomendado.

—Señores, decía en tono de Otelo, esto se llama un verdadero *gregorito!*

II.

Un correo llegó en aquellos momentos.

Veraza leyó con avidez aquellos pliegos que le remitía el cuartel general.

“República Mexicana.—Ejército de operaciones.—General de Brigada.—Ciudadano General.—Serían las cinco de la mañana de hoy, cuando quedó consumado el movimiento que la noche anterior se sirvió usted confiarme, como fué la toma del fuerte y convento de la Cruz. Media hora después nuestros valientes soldados ocupaban toda la ciudad.—Los batallones Supremos Poderes y Nuevo León, que fueron las fuerzas con que llevé á cabo tan brillante hecho de armas, se han coronado de gloria. Los generales Paz y Chavarría, los coroneles Lozano, ayudante de usted, Rincón Gallardo, Yépez, teniente coronel Margain, todos mis ayudantes y la oficialidad de estos cuerpos han secundado mis disposiciones con precisión y va-

lor: á esto y á la disciplina de aquellos se debe lo acontecido.— Toda la guarnición de esta plaza, su artillería y trenes están en nuestro poder; algunos generales y Maximiliano se me acababan de fugar, tomando el rumbo del fuerte de las Campanas.— Felicito á usted por las glorias que ha obtenido el ejército de su digno mando.—Libertad é Independencia. Querétaro, Mayo 15 de 1867.—Francisco A. Vélez.—Ciudadano General de División Mariano Escobedo, en jefe del ejército de operaciones.”

—¡Arriba todo el mundo! ¡Viva la libertad! Querétaro es nuestro, gritó Veraza dando saltos como un muchacho.

A la media hora los músicos recorrían la ciudad.

En los parapetos se tocaban dianas.

Por todas partes se oían gritos de entusiasmo.

En los proyectiles huecos se pusieron los ejemplares del parte de Vélez y se arrojaron á la plaza sitiada.

Los sitiadores contestaron á cañonazos.

CAPITULO VIGESIMOTERCERO.

UN OGRRO.

I.

La noticia circuló instantáneamente en la capital, por más obstinación que opuso el gobierno para desmentirla.

El golpe era terrible para los comprometidos en el imperio.

Márquez estaba acobardado como un miserable.

Llegó después de algunos días su evilantez y cinismo, hasta obligar á uno de los generales, que prófugo de Querétaro se introdujo furtivamente á México, á que mintiese descaradamente, rebajándose ante la tropa y la ciudad entera, asegurando que el emperador había triunfado en Querétaro y estaba en marcha para la capital.

Esta noticia fué solemnizada con repiques y salvas de artillería.

Desde el momento en que se jugaban armas tan innobles, la moral estaba perdida.

Todo aplazamiento era infructuoso; sin resultado la prolongación de la lucha.

La ciudad no podía soportar los horrores del sitio.

Los árboles de las calzadas se derribaron para hacer carbón; la harina se había consumido, y nadie tomaba carne sino de caballo.

Los pobres que no podían salir, se alimentaban con carne de perro.

Aquello era horrible y ya sin éxito, toda vez que Maximiliano había rendido sus armas ante la majestad de la república.

El tigre de Tacubaya sabía que para él no habría más que el cadalso.

Hace muchos años que es fruta de horca, y que el cadalso es la cifra tenebrosa de su porvenir.

Encastillado en la capital, quería hundirse como Sansón, rompiendo las columnas del templo.

Sepultar à la sociedad entre los escombros, hacer una tumba común.

Lo acosaba la rabia de la desesperación; los últimos momentos de poder, los consagraba todo entero à la sangre y al robo.

Había desobedecido à su rey, contrariando sus órdenes, y comprometido con una estéril defensa à la capital.

Las exacciones, el robo, la leva, las tropelías todo caracterizaba à aquella alma de hiel y fango, que se anida en la sepultura de su seno.

Ese miserable, falto de fé, desconfiaba de todos para el momento en que México si cambiase.

Pensó en un refugio negro como su corazón.

Luego que cayó la noche, se dirigió sólo por el rumbo de los Angeles.

Llegó à la puerta del panteón.

El sepulturero salió à su encuentro.

—¿Qué se ofrece, caballero?

—Soy el general Márquez.

—¿En qué puedo servir à V. E? dijo aterrorizado el sepulturero.

—Esperame aquí y guarda la entrada.

—Pase V. E.

Aquel hombre, llevado por su fatalismo, penetró resuelto en el cementerio de los Angeles.

—Aquí, murmuró, al menos no hay nombres conocidos; Valle y Degollado están en San Fernando.

La memoria de aquellas víctimas inmoladas à su venganza, penetró en su alma como la hoja helada de un puñal.

—Yo no he hecho más que aplicar la ley de represalias; ellos me hubieran matado si caigo en su poder..... además, que Zuloaga ordenó su muerte.....; miserable!..... se aterrorizó como un chiquillo y retrocedió anonadado como una mujer,

Quedóse un momento pensativo, como quien, presa de sus recuerdos, entra en la contemplación de los crimines que han salpicado de sangre la faz purísima del alma.

La hora, el sitio, el silencio de la noche, todo contribuía à encender en aquel corazón la llama más sombría del remordimiento.

Su vida pasada, envuelta en los oscuros vapores de la sangre vertida por su mano; sus horas de duelo y proscripción; ese eco terrible lanzado por el mundo entero contra él, condenando sus crímenes; el cielo cerrado, la esperanza perdida, el horizonte de la vida tocando la tumba ignorada, como término de una existencia de maldición.

Aquella miserable era el ente más feliz sobre la tierra; condenado en el juicio humano, sin tener una alma hermana, un corazón compasivo, alguna sombra que cubriera aquel sér de forme y agusanado!

El mundo y el cielo le negaban su entrada.

Entonces aquel hombre, no pudiendo hallar un refugio entre sus semejantes, porque las puertas se cerrarían como si llamase à ellas la desgracia, tocó con mano atrevida las de la tumba.

Corrió al panteón à pedirle à los muertos lo que los vivos le negaban.

Buscó ese lugar que ya ansía su corazón fatigado, y que Dios no le concederá tal vez, porque esos miserables restos están predestinados à pregonar el escarmiento, expuestos en los troncos secos de una encrucijada.

A esa alma perdida se le han negado las lágrimas que pudieran consolarla y redimirla.

Los remordimientos son el primer paso del arrepentimiento

La noche avanzaba.

Se oían à lo lejos los disparos de la artillería sobre la plaza.

Una obscuridad reinaba en el cementerio: sólo por intervalos salían esas fosforescencias que se desprenden de las sepulturas, fuegos fátuos llevados por la corriente del aire.

Aquel hombre no alcanzaba à ver lo que venía buscando.

Entonces se dirigió à la puerta y le habló al sepulturero.

—¿Qué manda V. E?

—¿Hay algún sepulcro vacío?

—No, señor; ayer tarde se cubrieron los últimos con dos oficiales muertos en los parapetos de Santiago.

Quedóse cavilando aquella hiena, y después dijo resueltamente:

—Saquemos à un cadáver del *nicho*, démosle en el suelo.

El guardián del cementerio sabía que contradecirle à Márquez, era exponerse demasiado.

—Lo que ordene V. E.

—Trae los instrumentos, y pronto, que falta una hora para amanecer.

Entretanto, se quedó recargado à una de las columnas entregado al sonambulismo de la fatalidad.

II.

El sepulturero trajo una barreta, dos azadones y dos palas.

—V. E. me ayudará, porque la operación es laboriosa.

Estoy dispuesto, dijo Márquez; y arrojando la capa tomó uno de los azadones.

En uno de los ángulos del patio comenzaron los dos hombres á cavar la fosa con gran celeridad.

Márquez es raquítico; sin embargo, la calentura del terror le prestaba aliento.

A la media hora habían cavado vara y media de profundidad, por otro tanto de longitud.

—Creo que es suficiente, dijo el sepulturero.

—Está bien.

—Mañana se cumple el número *once*, dijo el sepulturero; saquemos los restos de esa señora.

Esa fecha trajo á su memoria el 11 de Abril de 1859.

—Me es funesto ese número, en vano he procurado olvidarle: este es un aviso del destino.

Con la barreta desprendieron la lápida de mármol.

El sepulturero tiró de la caja.

Márquez esperó á que saliese toda, y la tomó por el extremo opuesto.

El cadáver no estaba disuelto: pesaba demasiado la caja.

Con la humedad, el fondo del ataúd se había separado de los lados adyacentes, así es, que al faltarle el lecho del sepulcro, se desprendió, y el cadáver cayó á plomo sobre las baldosas del cementerio.

Un vapor fétido se exhaló de aquellos restos.

Los exhumadores se retiraron desvanecidos por el olor de los miasmas.

—Concluyamos de una vez, dijo Márquez; y tomando el cadáver, que era de una mujer, procurando envolverla en sus negras vestiduras, lo llevó hasta la fosa y lo arrojó con desesperación.

Las exhalaciones del cadáver lo contagiaron, y retrocedió pálido y convulso hasta apoyar su espalda en los nichos.

Recuperóse con aspiración del aire libre, y ayudó al sepulturero á cubrir con la tierra la sepultura.

Acabada aquella siniestra operación, dijo al guarda:

—Si las fuerzas de Porfirio Díaz toman la ciudad, un hombre vendrá á ocultarse en ese sepulcro abierto.

—Está bien.

—Toma.

—Gracias, señor, es mucho oro para mí.

—Tendrás más ese día.

Embozóse en su capa, y salió diciendo para sí:

—Nadie vendrá á buscarme á la tumba; estoy seguro contra la saña de mis enemigos.

Y se adelantó á la fortaleza de Santiago Tlaltelolco, donde había sentado sus reales.

CAPITULO VIGESIMOCUARTO.

LUZ Y SOMBRA.

I.

Han visto nuestros lectores atravesar al general Fernández con su regimiento rumbo á San Cosme, donde se oían los disparos de la artillería, al tiempo que su novia entraba en la calzada de Chapultepec.

Las tropas de Márquez intentaron una salida por la parte occidental, y se echaron sobre los parapetos de San Antonio de las Huertas, donde Fragozo las detuvo con un grupo de guerrilleros.

Las fuerzas de Tacubaya y las de la Villa de Guadalupe, salieron inmediatamente al encuentro del enemigo.

Duró el tiroteo la mañana entera, sin lograr su objeto los sitiados.

El general Fernández hizo replegar á la caballería austriaca, que apoyaba el movimiento.

La bala de un rifle, dirigida al pecho de Eduardo, atravesó la solapa de la chaqueta, quemando la cartera, que hizo pedazos.

Unas cuantas líneas, y el corazón del bravo general hubiera sido atravesado irremisiblemente.

—Mi general, dijo uno de los Torreños, aquí están los papeles; ¿no le ha pasado á usted nada?

—Me siento perfectamente, respondió Eduardo, y tomó los papeles que le presentó su ayudante.

Recordará el lector que el general Fernández, arrebatado